

## La cámara negra.

«Había una vez, en el país de Oldenbourg, una cierta condesa de Ponikan, á quien los enanos habían dado, el día de su boda, tres panecillos de oro...»

Es Mme. de Silvis, que está contando un cuento, en la oscuridad de la cámara negra, con las ventanas herméticamente cerradas y las cortinas caídas hasta el suelo. El niño rey está estendido en su camita, y la reina á un lado como un blanco fantasma, aplicando nieve sobre aquella frente cubierta con una venda, nieve que ella renueva cada dos minutos, noche y día, hace ya una semana larga. ¿Cómo ha podido vivir sin dormir, casi sin comer, sentada á la cabecera, con sus manos estrechando las de su hijo en los intermedios de las aplicaciones de nieve, pasando de la frescura de ésta á la calentura que espía, que teme en el débil pulso del niño?

El niño rey quería que su madre estuviese allí; siempre allí. Aquella noche la gran cámara se llena para él de siniestras sombras, de apariciones terroríficas. Que ya la imposibilidad de

leer, de tocar al menor objeto, lo tienen sujeto á un entorpecimiento que inquieta mucho á su madre.

—¿Te duele algo?—le pregunta á cada momento.

—No..... es que me fastidio—responde el niño con desalentada voz;—y precisamente para evitar aquel fastidio y poblar los tristes rincones de la cámara de brillantes visiones, es por lo que madama de Silvis ha vuelto á entablar aquella fantástica relacion llena de viejos castillos alemanes, de duendes bailando al pié del torreón, donde la princesa espera al pájaro azul, hilando en su rueca de cristal.

Al escuchar estas interminables historias, la reina se llena de tristeza; le parece que con aquello se mina la obra que tanto trabajo le ha costado hacer, y que asiste á la demolición, piedra á piedra, de una columna triunfal. Es lo que ella vé en la noche, durante sus largas horas de reclusion, mucho más preocupada de ver á su hijo entregado otra vez en manos de mujeres, que de la herida, cuya verdadera gravedad aun ignora. Cuando el doctor, con la lámpara en la mano, desgarrá por un momento los velos acumulados de la sombra, y levantando el apósito, trata de reanimar con una gota de atropina, la sensibilidad del ojo atacado, la madre se tranquiliza al ver que el enfermito no lanza un grito, ni estiende sus manos para defenderse. Nadie se atreve á decirle que es, por el contrario, la muerte del órgano, lo que indican aquella insensibilidad, aquel silencio de todos los nervios. La bala, al ser rechazada, aunque hubiera perdido algo de su fuerza, tuvo aún la bastante para herir y romper la retina. El ojo derecho estaba irrevocablemente condenado. Todas las precauciones que se tomaban no tendían más que á preservar el otro, amenazado por esa correlación orgánica que hace de la vista un sólo instrumento de doble rama. ¡Ah! ¡Si la reina conociese la extensión de su desgracia, ella que cree firmemente que gracias á sus cuidados, á su ternura vigilante, el accidente no dejará traza alguna, y que ya habla á su hijo de su primera salida.

—Leopoldo, ¿os alegraríais de dar un paseo por el bosque?

Sí; Leopoldo se alegraría mucho. Quiere que se le lleve á aquella fiesta en que estuvo una vez con su madre y su preceptor. Mas de repente pregunta:

—¿Dónde está Eliseo?... ¿Por qué no viene á verme?

Le contestan que su maestro está en viaje, y por largo tiempo. Esta explicacion le basta. El pensar le fatiga, el hablar tambien; y vuelve á caer en su ensimismamiento indiferente, retorna al país flotante que evocan los enfermos, mezclando sus sueños á los lugares que les rodean, á las fijas apariencias de las cosas, cuyo ruido y movimiento se temen para ellos. Entran, salen, cuchicheos y discretos pasos se unian y se responden. La reina no oye nada; no se ocupa más que de la cura de su hijo. Algunas veces Christian empuja la puerta entreabierta á causa del calor de aquella clausura, y con una voz que se esfuerza en hacer alegre, indiferente, viene á decir á su hijo alguna amable tontería para hacerle hablar ó reír. Pero su voz suena en falso en la reciente catástrofe, y el padre intimida al niño. Aquella memoria adormecida, á la que el tiro ha envuelto en la confusión de su humo, guarda, sin embargo, algun rasgo saliente de las pasadas escenas, de los disgustos desesperados de la reina, de aquella noche en que casi lo arrastró á una caída desde un tercer piso... El responde por lo bajo y con los dientes apretados. Entonces Christian se dirige á su mujer: «Deberíais descansar un poco, Federica, porque os estais matando... ¡En el propio interés del niño!...» La mano del niño estrecha la mano de su madre como si implorase su ayuda, y su madre lo tranquiliza de la misma manera muda y elocuente: «No, no, no tengais miedo... no me separo de aquí...» Y cambia friamente algunas palabras con su marido, á quien luego abandona á sus siniestras reflexiones.

Sin que se note por nadie, Christian sale de la camara, vaga melancólicamente por la silenciosa y ordenada casa, sostenida en su ceremonial ordinario por el viejo Rosen, á quien se ve ir

y venir con su talle erguido y meneando la cabeza. El invierno y el jardín empiezan á florecer; los titís, reanimados por el calor, llenan su jaula con sus gritos y sus saltos. El poney del príncipe, paseado á la mano por el palafrenero, da sus doscientos pasos por el patio cubierto de una camada de paja para no meter ruido, se detiene al pié de la escalinata volviendo sus inteligentes ojos hácia el lado por donde antes bajaba el niño rey. El aspecto del hotel es siempre el mismo, elegante y confortable; pero se confía, se espera, hay algo de suspension en la vida ambiente, un silencio de esos que suceden á las grandes tempestades. Pero el objeto principal, el punto de mira más saliente son aquellas tres persianas, allá en lo alto, cerradas herméticamente cuando todo se abre al aire, á la luz, encerrando el misterio del dolor y de la enfermedad.

Meraut, que arrojado de la casa habita en las cercanías, no cesa de rodar por aquellos sitios, mirando con desesperacion aquellas ventanas cerradas. Es su tormento, su condenacion. Vuelve todos los dias, temiendo verlas una mañana abiertas del todo, dejando evaporar el humo de cirio apagado. Su desesperacion se convierte en manía. No es el enamorado el que sufre. La reina ha hecho bien en arrojarle, no merecia otra cosa, y la pasion ha desaparecido ante el gran desastre de sus esperanzas. ¡Haber soñado hacer un rey, haberse impuesto tan soberbia mision, y destruir todo, aniquilarlo todo con su propia mano! El padre y la madre, más atacados en su terneza, no estaban tan desesperados como él. No tenia ni aun el consuelo de prodigar sus cuidados, ni el de recibir siquiera algunas noticias, porque los criados le guardaban un negro rencor por el accidente. Sin embargo, un guarda-bosque que tenia acceso en la casa, le contaba los rumores de la cocina, aumentados por esa necesidad de lo terrible que tienen las gentes del pueblo. Unas veces el enfermo estaba ciego: otras se hallaba atacado de un derrame cerebral; se decia que la reina estaba decidida á dejarse morir de hambre, y el triste Eliseo vivia su día bajo el peso de estos desoladores

rumores, vagaba por el bosque mientras sus piernas lo sostenían y luego volvía hacia el lindero del parque, donde la alta y florida yerba, pisoteada el domingo por alegres parejas y desierta entre semana, formaba un verdadero rincón silvestre.

Una vez, al caer el día, se hallaba tendido en aquella frescura, fijos los ojos en la casa, iluminada por los últimos rayos solares que penetraba por entre las ramas de los árboles. La tarde era melancólica. Eliseo se abstraía, cansado de espíritu y de cuerpo, dejando hablar á todos sus recuerdos, á todas sus inquietudes, como sucede en esos silencios de la naturaleza en que nuestras luchas interiores pueden esperar hacerse oír. De pronto, su mirada, que no buscaba nada, encontró la marcha mal equilibrada, el sombrero de cuáquero, el chaleco blanco y los botines de Boscovich. El señor consejero iba muy rápidamente, á saltitos de mujer, muy agitado, llevando en la mano con mucho cuidado un objeto envuelto en un pañuelo. No pareció sorprenderse al ver á Eliseo, le abordó como si nada hubiera pasado; con el aire más natural del mundo.

—Mi querido Meraut, ¿no sabeis que contento estoy!

—¡Dios mio!... ¡Cómo! ¿Acaso el estado de monseñor?...

El botánico puso una cara de circunstancias para responder que monseñor seguía siempre lo mismo; siempre el reposo, la cámara negra, una incertidumbre dolorosa, ¡oh! sí, muy dolorosa. Luego, bruscamente,

—Adivinad lo que traigo aquí,—le dijo.—Tened cuidado. Es muy frágil, y vais á desprender la tierra. Un pié de clemátida, pero no la clemátida vulgar de vuestros jardines... *Clematis Dal-matica*.... Una especie enana que solo se encuentra en nuestro país. Yo dudaba al pronto y vacilaba... La estoy expiando desde la primavera. Pero ved el tallo, las corolas... el perfume que despidе de almendras machacadas....

Y desenvolviendo el pañuelo con infinitas precauciones, descubrió una planta delicada, con flores de un blanco de leche, que iba palideciendo hasta el verde de las hojas, confundándose con

ellas. Meraut trató de preguntarle, de arrancarle más noticias: pero el maniático estaba entregado por completo á su pasión, á su descubrimiento. En efecto, era una casualidad extraña que aquella pequeña planta hubiera nacido, única de su raza, á seis-cientas leguas de su pátria. Las flores tienen su historia, pero también tienen su novela, y es esta probable novela la que el buen hombre se contaba á sí mismo, creyendo contársela á Meraut.

—¿Por qué anomalía del terreno, por qué misterio geológico, este pequeño grano viajero ha podido germinar al pié de una encina de San Mandé? El caso se presenta algunas veces. Así un botánico, amigo mio, encontró en los Pirineos una flor de la Laponia. Esto depende exclusivamente de las corrientes atmosféricas, ó de los filones del suelo, perdidos en ciertos sitios... Pero el milagro aquí es que esta planta haya nacido precisamente en la vecindad de sus compatriotas, desterrados también... Y ved qué gallarda está. Apenas un poco pálida, efecto del destierro; pero sus tallos parecen dispuestos á trepar.

Y allí permanecía con su clemátida en la mano, inmóvil en su feliz contemplación. Pero de pronto,

—¡Diablo!—dijo.—Ya es tarde... Me voy... adios.

—Os acompaño,—dijo Eliseo.

Boscovich se quedó estupefacto. Había asistido á la escena, sabía de qué manera se había marchado el preceptor, no atribuyendo, sin embargo, su despedida más que á causa del accidente... ¿Qué pensarían de ello? ¿Qué diría la reina?

—Nadie me verá, señor consejero... Iremos por la avenida, y me deslizaré furtivamente hasta la cámara...

—¿Cómo! ¿quereis?...

—Acercarme á Monseñor, oírle hablar un minuto, sin que sospeche que estoy yo allí...

El débil Boscovich protestaba, se defendía; pero marchaba hacia adelante impelido por el deseo de Eliseo, que le seguía sin hacer caso de sus protestas.

¡Oh! ¡Qué emoción sintió cuando la puertecilla de la avenida giró sobre sus goznes, y se encontró en aquel mismo sitio donde su vida fué herida por el rayo!

—Esperadme aquí,—dijo temblando el consejero;—yo vendré á buscaros cuando los criados estén en la mesa... De este modo no hallareis á nadie en la escalera.

Nadie había vuelto á aquel sitio desde el día fatal.

En los rotos arbustos, en la pisoteada arena, la escena se representaba aún. Los mismos cartones colgaban de las empalizadas, el agua corría en el estanque como un manantial de dolorosas lágrimas, y le parecía á Eliseo oír aún la voz de la reina, que sollozando le decía aquel «¡vetel!... vetel!» que le causaba, aún escuchándolo en recuerdo, la sensación de una herida y de una caricia. Habiendo vuelto Boscovich, se deslizaron hasta la casa.

En la galería de cristales que se abría sobre el jardín y servía de sala de estudio, los libros colocados sobre la mesa, las dos sillas del maestro y del discípulo preparadas, esperaban la próxima lección con la cruel inercia de las cosas. Aquella era tan punzante como el silencio de los sitios donde falta el niño, cantando, corriendo, trazando diez veces al día su estrecho mundo con risas y canciones.

De la escalera, ligeramente iluminada, Boscovich, que iba delante, le introdujo en la habitación que precedía á la del rey, sumergida también en la más completa oscuridad, para impedir que penetrase el menor rayo de luz. Una sola lamparilla ardía en un rincón de la alcoba detrás de frascos y pocimas.

—La reina y Mme. de Silvis están á su lado... Sobre todo no habléis... Y salid pronto.

Eliseo no le veía, sus pies en el umbral, latándole el corazón. Sus miradas no podían penetrar las espesas sombras; no distinguía nada; sólo oía allá en el fondo una voz infantil que recitaba, salmodiaba, las oraciones de la noche, muy difícil de conocer por la del niño rey, tan cansada, triste y fastidiada ra-

zonaba en su oído. Llegado á uno de los numerosos «amen» el niño se interrumpió:

—¿Mamá, debo también rezar la oración de los reyes?

—Sí, querido mío,—contestó la bella y grave voz, cuyo timbre también había cambiado, ondulando un poco, como un metal gastado por un agua mordiente destilada gota á gota.

El príncipe vaciló en contestar.

—Es que yo creía... Me parecía que ahora ya es inútil ese trabajo...

La reina le preguntó con viveza:

—¿Por qué?

—¡Oh!—contestó el niño rey con tono voluntarioso é intencionado,—pienso que podía pedir á Dios otras cosas que las que hay en esa oración...

Pero arrepintiéndose con un arranque de su buena naturaleza,

—Al momento, mamá, al momento, puesto que lo queréis, y empezó lentamente, con una voz resignada y balbuciente,

«Señor, que sois mi Dios, etc.

Al terminar se oyó un ahogado sollozo en el fondo de la cámara. La reina se estremeció:

—¿Quién está ahí?... ¿Sois vos, Christian? —añadió al sentir cerrarse una puerta. ....

Al fin de la semana, el médico declaró que no se podía condenar más tiempo al enfermo al suplicio de la cámara negra, y que ya se podía dejar entrar un poco de claridad.

—¿Ya?—dijo Federica...—Me habían asegurado que esto duraría un mes.

El médico no podía contestarle que estando el ojo muerto, completamente muerto, sin esperanza alguna, aquel encierro era enteramente inútil. Salió del paso con una de esas frases vagas cuyo secreto tiene la piedad de los de su clase. Se esperaba al padre Alfeo, porque la religión tiene el privilegio de curar todas las heridas, hasta aquellas que son incurables. Con su na-

tural brutalidad, su rudo acento, el fraile, que se servía de la palabra de Dios, como de un garrote, dirigió aquel terrible golpe, bajo el cual debían inclinarse todos los orgullos de Federica. La madre había sufrido el día del accidente, atacada en sus tiernas fibras por los gritos, el desmayo, la sangre que corría por el rostro del pobre niño. El segundo dolor pertenecía más directamente á la reina. Su hijo estropeado, desfigurado ¡Ella, que le encontraba tan bello para el triunfo, iría á llevar ahora á los ilirios aquel enfermo! ¡Jamás le perdonó al médico el que la hubiese engañado! Siempre, y aun en el destierro, los reyes serán víctimas de su grandeza y de la cobardía humana.

Con el objeto de evitar que fuese muy brusco el paso de la oscuridad á la luz, se pusieron en las ventanas cortinas de sarga verde; luego se abrieron francamente, y cuando los actores de aquel triste drama pudieron mirarse á la luz del día, fué para apreciar los cambios sobrevenidos durante la reclusión. Federica había envejecido; se veía obligada á cambiar de peinado para ocultar algunas ondas blancas. El principito, sumamente pálido, abrigaba bajo una venda negra su ojo derecho; y todo su rostro, sureado por precoces arrugas, parecía sufrir el peso de aquella venda. ¡Qué vida tan nueva para él aquella vida de herido! En la mesa, tuvieron que enseñarle á comer, porque su tenedor y cuchara mal dirigidos eran llevados á la frente ó á la oreja por aquella torpeza de un sentido que afecta á los demás. El se reía con la risa de niño enfermo, y la reina se volvía á cada instante para ocultar sus lágrimas. En cuanto pudo bajar al jardín aumentaron las angustias. Vacilaba, tropezaba á cada paso, tomaba la oblicua por la recta, se caía, ó más bien lleno de miedo, retrocedía al menor obstáculo, aferrándose á las manos, á las faldas de su madre, mirando á los conocidos ángulos del parque, como si en ellos hubiera ocultas emboscadas. La reina trataba de despertar, al ménos, su espíritu; pero la sacudida había sido demasiado violenta: se hubiera dicho que con el rayo visual se había apagado un rayo de su inteligencia. El pobre niño com-

prendió perfectamente la pena que su estado causaba á su madre: al hablarla alzaba la cabeza con esfuerzo, y le dirigía una mirada tímida y toreida como pidiéndole gracia por su debilidad. Pero no podía vencer ciertos esfuerzos físicos mal razonados. Así es que el ruido de una detonacion en el lindero del bosque, que oyó por vez primera despues del accidente, le produjo un ataque de epilepsia. La primera vez tambien que se le habló de montar en su poney, se puso á temblar en todos sus miembros.

—No... no... Os lo ruego, —decía estrechándose contra Federica... —Llevadme en el landó con vos... Tengo miedo...

—¿Miedo de qué?

—Tengo miedo... tengo miedo...

Ni razonamientos, ni ruegos nada conseguían.

—Vamos, dijo la reina con un movimiento de sorda cólera, que enganchen el landó.

Era un bello domingo del fin de otoño, que recordaba aquel domingo de Mayo en que habían ido á Vicennes. Formando contraste con aquel día, Federica se hallaba harta de la gente que ocupaba los céspedes y los paseos del bosque. Aquella alegría del aire libre, los olores de las meriendas la daban náuseas. La miseria y la tristeza salían para ella de todos aquellos grupos, á pesar de las risas y de los trajes de fiesta. El niño, tratando de desarrugar el bello rostro, cuya expresion melancólica se atribuía él mismo, rodeaba á su madre de tiernas y apasionadas caricias.

—¿Estáis incomodada conmigo porque no he querido montar á caballo?

No, no lo estaba. Pero, ¿cómo se compondría el día de la coronacion, cuando sus súbditos le aclamasen?... Un rey debe saber montar á caballo.

El pobre lisiado se volvió para mirar á la reina con su único ojo, preguntando:

—¿Creis, verdaderamente, que ellos me querrán aún en el estado en que estoy?

Tenia el aspecto bien deteriorado, ya de viejo. Federica, con todo, se indignó de aquella duda, y habló del rey de Westfalia, ciego completamente.

—¡Ah! un rey de burlas... Por eso no le quisieron.

Ella le contó entonces la historia de Juan de Bohemia en la batalla de Crecy, requiriendo á sus caballeros que le condujeran bastante adelante para que pudiera herir con su espada, y tan adelante lo habian llevado, que los encontraron á todos muertos, estendidos sus cuerpos y los caballos unidos los unos á los otros.

—Eso es terrible... muy terrible,—decia Leopoldo.

Y se quedaba allí, estremeciéndose, sumergido en aquel cuento heróico, como en uno fantástico de madama de Silvis, tan pequeño, tan débil, tan poco rey. En aquel momento el carruaje se separó de las cercanías del lago, siguiendo un paseo estrecho donde sólo habia sitio para las ruedas. Alguno se separó vivamente, un hombre á quien el niño no podia ver, impedido por la venda, pero á quien la reina reconoció perfectamente. Grave, con aire duro, y con un movimiento de cabeza, le mostró al pobre enfermo recostado en su falda, su obra maestra hundida, aquel resto, aquel átomo de una gran raza. Fué su último encuentro; Meraut abandonó definitivamente á San Mandé.

## XVII

## Fides, Spes.

El duque de Rosen entró primero.

—Está un poco húmedo,—dijo gravemente. —No se ha abierto desde la muerte de mi hijo.

En efecto, se notaba una gran frescura, y así como ese enmohecimiento de cueva sepulcral en aquel espléndido entresuelo, donde las guzlas habian sonado tan enérgicas, donde todo conservaba el mismo puesto que en la noche del baile. Los dos sillones esculpidos del rey y la reina contra la tribuna de los músicos, presidian aún, dominadas por magníficos pupitres de hierro fundido. Sillones en círculo formaban el anfiteatro aristocrático. Cintas, restos de flores, pedazos de gasa ligera, verdadero polvo del baile, llenaba el suelo. Se conocia que los decoradores habian arrancado de prisa las colgaduras, las guirnaldas de flores, y se habian apresurado á cerrar las puertas y ventanas de aquellos salones, que hablaban de fiesta en una casa de duelo. El mismo abandono se veia á través del jardín, lleno de hojas muertas, sobre las que habian pasado un invierno, luego una

primavera sin cultura, rica en locas yerbas parásitas é invasoras. Por uno de esos caprichos del dolor que quiere que á su alrededor todo sufra y se esterilice, el duque no habia permitido que se tocara á nada, así como no habia querido volver á habitar su magnífica habitación.

Después del asunto de Gravosa, como Coletta, muy delicada á consecuencia de su parto, habia ido á restablecerse á Niza con su pequeño W, el duque habia renunciado á sus visitas al malecón de Anjon, haciendo que le colocasen una cama en la intendencia. Evidentemente venderia el hotel un día ú otro, y empezaba desaciéndose de las suntuosas antigüedades que le encumbraban. Por eso es que los espejos de Venecia dormidos, reflejando las enamoradas parejas de las mármóreas húngaras y el brillo de las pupilas y de las arañas, miraban hoy, en la luz gris y fria del cielo parisien, las siluetas vulgares, los ojos de avispa, los lábios encendidos del tío Leemans y del Sr. Pichery, su acólito, de rostro amarillo y con las guías de su bigote tiesas en virtud del cosmético.

Verdaderamente era precisa la costumbre del prendero, su práctica en el negocio y de esas comedias que ponen en juego todos los gestos de la máscara humana, para que el buen hombre no dejase escapar un grito de alegría, de admiracion, cuando el criado del general, tan viejo y tan tieso como su amo, abria ruidosamente las ventanas de un piso, y se veia reflejar discretamente, matizarse con todos los tonos soberbias maderas, bronces, marfiles, todos los preciosos tesoros de una coleccion que no estaba valorizada y cuidada como la de Mme. Spalato, pero de un lujo más abundante, más genuino y más nuevo. ¡Y sin un rasguño... sin una mancha!... El viejo Rosen no habia acumulado á la casualidad; todas eran maravillas de eleccion. Y era muy curioso ver las paradas del prendero, el hocico extendido bajo sus pelos, fijando su lente, raspando ligeramente los esmaltes, haciendo sonar los bronces con aire indiferente y hasta despreciativo á veces, mientras que desde los piés á la cabeza,

desde las uñas hasta su rala barba, todo su cuerpo vibraba, se sacudia como si se le hubiera puesto en comunicacion con una pila eléctrica. Pichery no era ménos digno de observar. No teniendo ninguna nocion del arte, ningun gusto personal, modelaba sus impresiones por las de su compadre, hacia la misma mueca desdeñosa, cambiada luego en estupefaccion, cuando Leemans le decia por lo bajo, sin cesar de tomar notas en su cartera: «Esto vale cien mil francos como un céntimo!...» Aquella era para los dos la única ocasion para rescatarse de la «gran jugada» de la que tan mal habian salido. Pero preciso les era sostenerse bien, porque el antiguo coronel de los panduros, tan desconfiado é impenetrable como todos los prenderos juntos, les seguia paso á paso y se plantaba detrás de ellos sin haberse equivocado en cuanto á caras de guardaña.

Llegaron así al fin de los salones de recepcion, á una piececita deliciosamente adornada en el gusto morisco de divanes muy bajos, de tapices y mueblaje auténtico.

—¿Esto entra también?—preguntó Leemans.

El general vaciló imperceptiblemente antes de contestar.

Era el abrigo de Coletta en el inmenso hotel, un gabinete predilecto donde se refugiaba en sus varios ratos de ocio, donde escribía su correspondencia. Tuvo el pensamiento de salvar el mobiliario oriental que ella amaba tanto; pero poco se detuvo; era preciso vender.

—También,—contestó con frialdad.

Leemans, atraído desde luego por la rareza de un mueble esculpido, dorado, con arcadas y galerías en miniatura, se puso á examinar sus múltiples cajones, de secreto, abriéndose los unos en los otros por ocultos resortes, cajones finos y frescos exhalando el aroma del naranjo y del sándalo de sus satinados acolchados. Al introducir la mano en uno de ellos, sintió que habia algo dentro.

—Son papeles,—dijo.

Terminado el inventario, despedidos los dos prenderos hasta

la puerta, el duque pensó en aquellos papeles olvidados. Era un paquete de cartas atado con una arrugada cinta, impregnado de los discretos perfumes del cajón.

Maquinalmente el duque miró y reconoció la escritura, la gruesa letra de Christian, fantástica, irregular, que desde hacía algunos meses no le hablaba más que de dinero por la vía de los pagarés y endosos. Sin duda eran cartas del rey á Herberto. Pero no. «*Colettà, querida de mi corazón*»... Con un gesto brusco hizo saltar la cinta, extendió el paquete en el divan, y vió que lo formaban una treintena de billetes, citas dadas, reconocimiento, acciones de gracia, toda la correspondencia adúltera en su triste banalidad, terminada por excusas de faltas á citas, por misivas cada vez más frías, como las últimas mariposas de la cola de una cometa. En casi todas ellas se hablaba de un cargante y perseguidor personaje que Christian llamaba: «Cortesano de desgracia» ó simplemente «C. de desgracia,» y sobre el que el duque procuraba poner un nombre, cuando á continuación de una de aquellas páginas más libertinas que sentimentales, vió su propio cargo, su puntiaguda cabeza sobre largas patas zancudas. Era él con sus arrugas, su nariz de pico de águila, su mirada penetrante; y por debajo, para que no hubiese duda: *Cortesano de desgracia, haciendo la guardia en el malecón de Orsay.*

Pasada la primera sorpresa, comprendió el ultraje en toda su bajeza, el viejo lanzó un «¡Oh!» quedándose lleno de desaliento y de vergüenza.

Que su hijo hubiera sido engañado no le sorprendía, á la verdad. Pero haberlo sido por Christian, al que todo lo habían sacrificado, por quien Herberto había muerto á los veintiocho años, por quien él mismo estaba próximo á arruinarse, determinado á vender hasta sus trofeos de victorias para que la firma real no fuese protestada... ¡Ah, si pudiera vengarse, si pudiera descolgar de aquellas panoplias dos armas... no importa cuáles!.. ¡Pero era el rey! A un rey no se le piden satisfacciones. Y apa-

eiguando súbitamente su cólera la magia de aquella palabra sagrada, llegó á decirse que despues de todo, Monseñor, jugando con una de sus criadas, no era tan culpable como él, duque de Rosen, casando á su hijo con la modista Sauvadon. Aquello era el castigo de su codicia... Aquellas reflexiones no duraron ni un minuto. Despues de guardar las cartas, salió, volvió á tomar su puesto en San Mandé, en la oficina de la Intendencia, donde le esperaban una porcion de notas, de papeles, en las que reconoció más de una vez la gruesa letra de los billetes amorosos; y Christian no hubiera podido creerle informado de la menor cosa, cuando al pasar por el patio, veía detrás de la vidriera, siempre tieso, leal y vigilante, la larga silueta del cortesano de desgracia.

Sólo los reyes con todas las tradiciones nacionales y supersticiosas adheridas á sus personas, pueden inspirar semejantes abnegaciones, áun cuando son indignos de ellas. Christian, fuera ya el niño de todo peligro, se divertía en grande. Desde luego habia tratado de volver á Séfora. Sí, áun despues de haber sido cínica y brutalmente arrojado de su casa, despues de haber tenido la prueba, todas las pruebas de su traición, la amaba aún lo bastante para correr á sus piés á la menor señal. La bella en aquel momento estaba entregada por completo á la alegría de una luna de miel renovada. Curada de sus ambiciones, vuelta á su naturaleza tranquila de que la habia arrancado el atractivo de los millones, queria vender su hotel, realizarlo todo y vivir en Corbevoie con J. Tom, como buenos comerciantes enriquecidos, y hacer rabiar á los Spricht con su fausto y opulencia. J. Tom-Levis, por el contrario, pensaba intentar nuevas jugadas, y medio grandioso en que su mujer se hallaba instalada, le daba poco á poco la idea de otra agencia en forma más lujosa, más aristocrática, el tráfico con guantes hasta el codo, tratando los negocios entre las flores y la música de una fiesta, alrededor del lago, á lo largo de la pista, reemplazando el viejo cab, por una sólida carretela y librea con la divisa de la condesa. No le costó mucho trabajo convencer á Séfora, en cu-



ya casa se había instalado definitivamente, y los salones de la avenida Mesina se arreglaron para una serie de comidas y bailes, cuyas invitaciones fueron lanzadas en nombre de los condes de Spalato. Al principio la sociedad era algo mezclada. Luego el elemento femenino, rebelde al pronto, concluyó por tratar á J. Tom y á su mujer como esos ricos matrimonios extranjeros venidos de muy lejos, y cuyo lujo salva su exotismo. Toda la alta goma se trasladó á casa de Séfora puesta á la moda por sus aventuras, y el señor conde contó desde el principio del invierno con algunos buenos negocios.

No se podía negar á Christian la entrada en aquellos salones, que tanto le habían costado. Desde luego el título de rey garantizaba la casa. Al pronto se presentó bajamente con la esperanza de llegar de nuevo al corazón de la condesa, no ya por la gran escalinata, sino por las escaleras de servicio. Despues de haber gastado el tiempo desempeñando el papel de burlado ó de víctima, de habersé mostrado cada ocho días tan blanco como su camisa en el hueco de alguna ventana, donde le vigilaban, le clavaban los penetrantes ojos de Tom-Levis, se desanimó, no volvió más, y se dió á frecuentar mujeres caídas en el fango, con el fin de distraerse. Como todos los que buscan un tipo perdido una vez, se extravió por todas partes, cayó bajo, tan bajo, guiado por Lebeau, acostumbrado al vicio parisien, que muchas mañanas iba á buscar á su amo á los más ínfimos burdeles. Una verdadera caída más fácil de día en día para aquella alma débil del voluptuoso, de la que no era propósito á relevarle lo triste y calmoso de su interior. No se divertía nada en la calle de Hervillon, desde que faltaban la princesa y Meraut. Leopoldo V se iba reponiendo lentamente, confiado á los cuidados de Mme. Eleonora de Silvis, que podía, en fin, aplicar los preceptos del abate Digué sobre las seis maneras de conocer á los hombres y las siete de separarlos de los aduladores. Tristes lecciones á que la reina asistía como anteriormente, fijas sus melancólicas miradas en la «*Clematis Dalmatica*,»

aquella flor del destierro en via de florecer apoyada contra los cristales de la ventana. Hacia algun tiempo que los franciscanos andaban buscando un preceptor; pero no se encuentra fácilmente un Meraut en la juventud moderna. El padre Alfeo tenia formada su idea sobre ello, pero se guardaba muy bien de manifestarla, porque la reina no permitia que se pronunciase delante de ella el nombre del antiguo ayo. Sin embargo, una vez, en una grave circunstancia, el monge se atrevió á hablar de su amigo.

—¡Señora, Eliseo Meraut se está muriendo!...—dijo al levantarse de la mesa despues de rezar el acto de gracias.

Una noche, en su antigua habitacion de la calle del Príncipe, á donde se había retirado despues de su expulsión de San Mandé, y que había conservado como se conserva un traje de juventud que no se piensa poner más, Eliseo se despertó sobresaltado por la singular sensacion de un extraño calor que le subía del pecho, lentamente, como una inundacion, y sin dolor ni sacudida, con la impresion de una descomposicion final, le llenaba la boca de un gusto de sangre. Misterioso y terrible, el mal llegaba á la manera de un asesino que abre las puertas en la sombra sin hacer ruido. Meraut no se asustó; consultó á algunos estudiantes de medicina, compañeros de mesa redonda. Le dijeron que estaba atacado.—¿Qué es lo que tengo?—Todo. Llegaba á aquellos cuarenta años climatéricos de la bohemia, en que la enfermedad se embosca, expía al hombre, le hace pagar caros los excesos ó las privaciones de su juventud; edad terrible, sobre todo cuando está roto el resorte moral y ya no existe la voluntad de vivir. Eliseo siguió con la misma existencia siempre fuera de casa, expuesto al viento, á la lluvia, pasando de habitaciones caldeadas, abrasadas por el gas, al frio de la calle en pleno invierno, continuando, cuando todo se apagaba, sus paseos por las calles hasta casi al salir la aurora.

Las hemotísis fueron más frecuentes, seguidas de terribles laxitudes. Para no hacer cama, porque la melancolía de su de

sierta habitacion le pesaba, se instaló en el *Rialto*, una cervecería que había en la vecindad, leyendo los periódicos y soñando en un rincón.

El sitio era muy tranquilo hasta la noche, alegre con su mobiliario de encina, con su paredes cubiertas de frescos que representaban á Venecia, puentes, cúpulas, góndolas perdiéndose en su líquido arco iris. Las mismas sirvientas venecianas, por la noche tan animadas, haciendo pasar sus limosneras por entre los concurrentes, chocando con los vasos sus collares de rojo coral, de dia dormian con la cabeza sobre las mesas; arrugando sus tocas de encaje y sus abultadas mangas de batista, ó se entretenian trabajando alguna obra de costura, próximas á la chimenea, que á veces abandonaban para venir á beber una copa en frente de algun estudiante. Una de ellas, grande y fuerte, con una abundante cabellera rubia retorcida, con modales graves y lentos, suspendia frecuentemente su trabajo para escuchar... Meraut la contemplaba horas enteras, es decir, hasta que hablaba, pues entonces una voz ronca y vulgar hacia tomar la huida á su sueño misterioso. Pero bien pronto le faltaron las fuerzas hasta para aquellas estaciones detrás de una cortina de la cervecería que él mismo hacia deslizar en sus anillas. No pudo ya bajar de su cuarto, se vió obligado á hacer cama, rodeado de libros y periódicos, dejando su puerta abierta para que la vida, la animacion del hotel llegasen hasta él. Sobre todo, le habian prohibido que hablase. Entonces el meridional se resignó á escribir, cogió su libro, su famoso libro sobre la monarquía, le continuó con fiebre y con temblorosa mano, sacudida por la tos que esparcía las cuartillas sobre la cubierta de la cama. Ahora no temia más que una cosa, morir sin terminarlo, irse como habia vivido, latente, desconocido, inexplicado.

Sauvador, el tío de Berey, cuya grosera vanidad turbulenta padecia al ver á su maestro en aquel tugurio, venia á visitarle muy amenudo. En cuanto supo la catástrofe corrió con la balsa abierta, como en otras veces á buscar «ideas sobre las cosas.» —

«Tío, ya no las tengo...» le habia contestado Meraut. Para sacarle de su apatía, el tío le hablaba de enviarlo al Mediodía, á Niza, á la montuosa instalacion de Coletta y de su pequeño W.

—No me costaria mucho,—le decia ingénuamente,—y allí os curaríais.

Pero Eliseo no queria curarse, y sólo deseaba terminar su libro en el mismo sitio en que habia germinado, en aquellos profundos rumores parisienses en que cada uno oye la dominante que le conviene. Mientras que escribia, Sauvador, sentado al pié del lecho, hablaba de su linja sobrina, y se irritaba contra aquel viejo loco de general, tratando de vender su hotel de la isla de San Luis.

—Yo me pregunto, ¿qué podrá hacer con todo ese dinero?... Como no lo entierre en pequeños paquetes... Despues de todo, nada importa... Coletta es bastante rica para prescindir de ello...

Y el mercader de vinos se daba con la mano en su redondo vientre templado como un tambor.

Otra vez, dejando sobre la cama el paquete de periódicos que traia á Eliseo,

—Parece que hay movimiento por Iliria... Acaban de enviar á la Dieta de Leibach una mayoría realista... ¡Ah! si se encontrase un hombre... Pero el pequeño Leopoldo es muy jóven y Christian se embrutece de dia en dia... Ahora no se le vé más que en los burdeles y bailes de...

Eliseo le escuchaba estremeciéndose con todo su cuerpo. ¡Pobre reina!... El otro continuó sin notar el mal que causaba:

—Y buenos están los desterrados... Ya tenemos al príncipe de Axel comprometido en ese indecente asunto de la avenida de Antin... Ya sabeis, aquella casa de pupilas que, bajo su etiqueta patriarcal, servia de refugio á niñas menores emancipadas... ¡Qué escándalo! Un príncipe heredero... Sin embargo, una cosa me llama mucho la atencion... En el mismo momento de la historia de esa aventura, Coletta me escribia que Monseñor estaba en Niza, y que ella habia asistido á unas regatas en un yacht

tomado para ella por S. A... Ciertamente que debe haber alguna equivocación... y me alegraré mucho... Porque, aquí para entre nosotros, mi querido Meraut...

Y el buen hombre le confió misteriosamente que el príncipe real se mostraba muy asiduo con Coletta; y como ella no era de esas mujeres que... ya sabéis... pudiera suceder que dentro de muy poco tiempo...

La ancha carota del advenedizo se iluminó con una sonrisa:

—¿Qué os parece?—¡Coleta, reina de Finlandia!... ¡Y el tío Sauvadon, tío de un rey!—Pero veo que os molesto...

—Sí, quiero dormir, dijo Eliseo, que hacia un momento cerraba los ojos; medio político para desembarazarse de aquel vanidoso charlatan.

En cuanto se fué, Eliseo reunió sus papeles, se instaló para escribir, pero no pudo trazar una línea, lleno de disgusto, de una laxitud extrema. Todas aquellas repugnantes historias le daban náuseas. Ante las cuartillas esparcidas sobre la cama, aquel inmenso trabajo por la monarquía en que ardía lo poco que le quedaba de sangre, viéndose él mismo en aquella insólida habitación, con sus cabellos grises de estudiante viejo, perdida tanta pasión, destruidas todas sus fuerzas, dudó por primera vez y se preguntó si no se había engañado á sí mismo... ¡Un defensor, un apóstol á estos reyes que se degradan por placer y desertan de su propia casa!... Y como sus ojos erraban tristemente sobre aquellos muros, á donde llegaba el sol poniente por el reflejo de los cristales de la casa de enfrente, vió de pronto en el polvoroso cuadro de la vieja reliquia el sello rojo *Fides, Spes*, que había tomado de la cabecera del lecho de su padre. De repente se le apareció la bella faz borbónica del viejo Meraut, tal como la vió rígida por la muerte, dormido en su confianza y en su fidelidad sublime! Fué un minuto de alucinación, el cercado de rey, toda su juventud, flotando en su memoria que se iba oscureciendo ya...

De pronto se abrió la puerta, oyéndose el roce de la seda y

ruido de voces. Creyó que era alguna vecina, alguna buena mu- chacha del Rialto que le traía algun refresco. Cerró los ojos rápidamente; siempre aquel sueño que despide á los importunos. Pero siente sobre el desnudo pavimento unos ligeros y vacilantes pasos que se acercan á su cama. Una dulce voz murmura: «¡Buenos dias, Sr. Eliseo!...» Su discípulo está allí, delante de él, temeroso, un poco crecido, mirando con su timidez de enfermo, á su maestro tan cambiado, tan pálido, tendido en aquel pobre lecho... Allá, en la puerta, una mujer espera, erguida y altanera bajo su velo. Ella ha venido, ha subido los cinco pisos, la escalera llena de ruidos de libertinaje, ha rozado su vestido immaculado con las puertas en que se hallan anunciadas en tarjetas: «Alicia... Clemencia...» No ha querido que muera sin volver á ver á su pequeño Zara; y aunque no entra, le envía su perdón por mano de su hijo. Meraut coje aquella mano, la estrecha contra sus labios; luego se vuelve hácia la angusta aparición que adivina en el umbral, y con su último aliento, con su último esfuerzo de la vida, de la palabra, dice por lo bajo y para siempre. «Viva el rey.»